

Notas para el estudio geopolítico de la URSS

Leopoldo González Aguayo*

Como en el caso de todos los cuerpos sociales, la URSS generó una enorme dinámica interna y externa como resultado del triunfo de la Revolución Socialista, de octubre de 1917. De igual forma y como producto de un cuerpo social en movimiento permanente, la consecuente dinámica política responde a ciclos de máximos y mínimos, así como a tendencias y flujos crecientes y decrecientes.

Sin duda que los cientos de millones de ciudadanos soviéticos que pueblan la gigantesca mole continental del país (22,3 millones de kms²), mantuvieron su máximo dinamismo durante los 43 años del periodo 1917-1960, por efecto de dos grandes fenómenos: 1) las transformaciones radicales de la revolución y, 2) el ingreso de la URSS en la Segunda Guerra Mundial.

Dicha dinámica explicaría por sí sola la violenta transformación de la vida del país, pasando, o si se quiere, saltando de ser un actor agrario, subdesarrollado y dependiente a erigirse como la segunda potencia en el rango de la escala mundial. Todo en el asombroso lapso de 28 años.

Naturalmente, la violenta transformación de la sociedad rusa no solamente implicó el paso de un país eminentemente agrario a uno fundamentalmente urbano, sino lógicamente implica el periodo de pugnas por el predominio de las diversas tendencias políticas que caracterizaron al nuevo proceso, las que finalmente se saldaron en los sangrientos ajustes de cuentas de la década de los años treinta.

Del choque y consiguiente predominio de algunas tendencias resultaron permanencias en el poder por relativamente largos periodos, para un mismo liderazgo o equipo dirigente: ocho en total, durante los 72 años que van de 1917 a 1989, o sea, un promedio de nueve años para cada uno de ellos.

Si bien este promedio tiene poco que ver con la realidad: Vladimir Lenin, siete años, 1917-1924; José Stalin, veintinueve años, 1924-1953; Georgi Malenkov, dos años 1953-1955; Nikita Jruschov, nueve años, 1955-1964; Leonid Brejnev, dieciocho años, 1964-1982; Yuri Andropov, dos años, 1982-1984; Konstantin Chernenko, un año, 1984-1985; Mijail Gorbachov a partir de 1985.

Sin duda, los periodos más interesantes del gobierno soviético serían: en primer lugar, el de Lenin, por la experiencia de los grandes ensayos revolucionarios, así como el de la larga permanencia de Stalin que incluye la erección de la industrialización pesada, por un lado, y por otro los ajustes de cuentas interrevolucionarios de la tercera década del siglo, sin olvidar la gran prueba de la Guerra Mundial y, finalmente, la administración actual, con los grandes intentos para reformar a la gran potencia anquilosada.

Ciertamente, el triunfo revolucionario instauró el primer gobierno, en nuestro tiempo, en el que el Estado se convertía en el casi único actor y detentador de la vida política-económica y con ello también de la casi totalidad de la vida nacional. Modelo que inegablemente dio buenos resultados desde Lenin hasta Jruschov, esta última época en la que alcanza sus límites, traducidos en las crecientes dificultades económicas, particularmente en el rubro agropecuario.

Por otra parte, el modelo leninista de máxima prioridad a la industrialización pesada llevado al extremo por el estalinismo, ayudó con su inegable éxito a consolidar la política de unificación compulsiva nacional, sobre todo en vísperas de la terrible prueba de la guerra.

Sin embargo, para 1953, con la muerte de Stalin, las demandas de origen interno y de las nuevas repúblicas vecinas conocidas como democracias populares, revelaban que las necesidades sociales no podían ser postergadas indefinidamente.

*Profesor del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

La dirigencia soviética, sobre todo la encabezada por el grupo de Jruschov fue perfectamente consciente de las nuevas realidades incluyendo las presiones sociales internas, sin embargo tuvo que hacer frente a dos graves peligros: el desafío estadounidense, particularmente agudo en materia de espacio exterior y armas atómicas, y la agresiva beligerancia de la nueva dirigencia china.

Para encarar los dos no quedó más remedio que consentir y atender las demandas del ejército soviético que obviamente se mantuvo como el grupo de presión más importante del país, con privilegios sólo rebasados a la más alta dirigencia civil del partido. Naturalmente en detrimento de las principales demandas sociales de la población.

Sin embargo, el grupo de Jruschov se caracterizó por su habilidad para maniobrar en su favor, enfrentando entre sí, con frecuencia, las diversas fuerzas internas y externas a fin de restarles poder y erosionar a unas y otras. Por ejemplo, cuando recurrió en lo álgido de la Guerra Fría a expedientes habilísimos como el de la coexistencia pacífica que, ciertamente no eran novedosos en el ámbito soviético (Lenin ya los había ensayado), se sirvió de ellos como plataforma, para darle margen de acción al grupo moderado del presidente Eisenhower y permitirle enfrentar lo que él mismo denominaba "complejo militar industrial", cortejándolo y tratando de ganar su simpatía, con el fin de usar este logro al otro extremo del globo, en Pekín, a fin de reducir la beligerancia de la dirigencia china y, a su vez con todo ello en la mano, volver sobre sus pasos y aplicar una sordina a la enorme presión de sus propios militares en la vida nacional.

Puede decirse, sin temor a equivocarse, que toda la gestión exterior de Nikita Jruschov: acercamiento con Tito y con el presidente Urho Kekkonen de Finlandia; reconocimiento de la República Federal Alemana; desocupación de Austria; estrechamiento con el primer ministro Nehru, con el presidente Nasser, con la dirigencia norteamericana e incluso con el gobierno mexicano —entonces encabezado por el presidente Adolfo López Mateos—, tendía a bajar la tensión internacional y neutralizar a los ultraduros encabezados en el mundo por el Pentágono norteamericano y el grupo del presidente Mao Zedong en China.

El análisis detallado de su gestión revela más aún, encontrándose en momentos clave la radiografía de una serie de incidentes, más deliberados que fortuitos, que curiosamente respaldaba a sus enemigos en sus posiciones. Por ejemplo, la famosa invasión de Hungría, coincidente con sus propósitos de desestabilización, en 1956; y mejor aún, el caso del famoso avión espía norteamericano U-2, derribado con extrema precisión justo sobre los Urales con la consiguiente detención del piloto Powers, además de exhibir la presunta falta de

control por parte de la dirigencia norteamericana dio al traste con la importante conferencia "en la cumbre" que, convocada en París, en abril de 1960, debía reunir al primer ministro Jruschov por un lado y por el otro al presidente Eisenhower, al presidente de Gaulle y al primer ministro británico McMillan; o, el verse obligado a sostener a la nueva dirigencia revolucionaria cubana, estrictamente por razones estratégicas, con lo cual favoreció las posiciones de sus enemigos internos y externos en detrimento de las suyas propias. De igual forma, debe verse la larga y paciente labor para calmar los ímpetus revolucionarios externos de la citada dirigencia cubana, así como la serie de incidentes ocasionados con ellos precisamente por este objetivo, de los cuales el peor fue la famosa crisis de los cohetes, de octubre de 1962. Esta última, es el ejemplo vivo de la astucia y táctica jrudoviana interna y externa, al permitirle neutralizar simultáneamente a las peligrosísimas fuerzas externas enfrentadas: los revolucionarios cubanos y el Pentágono; dejándole en cambio, un amplio margen de negociación y entendimiento con el grupo del presidente Kennedy, lo que finalmente le permitía neutralizar a los respectivos ultraduros del escenario interno.

Paradójicamente, el juego del escape *in extremis* de peligrosas coyunturas, se volvió contra el mismo maestro al quedar, precisamente, prensado entre sus ultraduros y los chinos en noviembre de 1964, al hacer estallar estos últimos su primera bomba atómica. Al día siguiente Jruschov fue depuesto.

Parece evidente que el grupo de Jruschov aprovechó y realizó todas sus maniobras con el deliberado propósito de ganar tiempo y alcanzar, en algún momento, la fórmula para restar recursos a la voraz carrera de los armamentos, cuyo perenne sostenimiento rezagaba a la URSS de la verdadera carrera que valía la pena sostener: la económica.

De entre los tres sucesores de Jruschov: El presidente Podgorni, el primer ministro Kosiguin, y el secretario general del Partido, Brejnev, el segundo fue quien le dio gran importancia a la necesidad de reorganizar la vida económica nacional a fin de sostener la competitividad internacional del país. No obstante, al triunfar la facción de Brejnev, los duros y el ejército dominaron una vez más el escenario, posponiendo indefinidamente la necesidad de las reformas.

Fue necesario esperar la muerte de Brejnev para que quedará al desnudo el fracaso de su política y la peligrosa vulnerabilidad alcanzada por la Unión Soviética. Como consecuencia de la altísima prioridad presupuestaria del ejército, los rezagos en muchos aspectos de la vida nacional se hicieron crónicos, incluso en ramas mismas que interesaban a las fuerzas armadas y a la carrera espacial.

Por otra parte, a resultas de la ineficiencia y consiguiente pérdida de dinamismo del aparato económico, apareció una abultada deuda externa con las potencias occidentales, mientras el espionaje y robo de patentes tecnológicas superaba con mucho en importancia al espionaje político. Ambos hechos encontraron un fértil campo al coincidir con las iniciativas de contemporización lanzadas por el grupo del presidente Richard Nixon (1969-1975). Otro resultado de estas delicadas realidades fue la desaparición del rubro "ayuda económica externa", virtualmente dentro de la política exterior soviética, renglón que hacia 1960 alcanzaba la respetable cantidad equivalente a mil millones de dólares, beneficiando principalmente a los nuevos países africanos y asiáticos. No hay que olvidar la inapreciable concesión de Brejnev a los ultraduros al embarcar a la nación en la desastrosa experiencia de Afganistán, en diciembre de 1979.

Puede decirse que las poco más de dos décadas que separan la caída de Jruschov y el ascenso de Gorbachov (noviembre de 1964 a marzo de 1985), salvo excepciones, están signadas por la inercia política y económica. Si bien Yuri Andropov (primer dirigente máximo surgido directamente de las filas de los servicios de inteligencia, 1982-1984) casualmente tenía previsto iniciar profundas reformas que permitieran al país recobrar su paso, la muerte lo sorprendió en los primeros ajustes. No obstante, su carácter de estadista visionario se confirmó al lograr imponer al joven Mijail Gorbachov como miembro del Presidium del Soviet Supremo.

La coyuntura que encuentra Gorbachov ciertamente no es la mejor pero tampoco es la peor. Inició su proceso de reformas, el cual de antemano supuso largo, frente a: liderazgos debilitados en la Unión Americana; muy absorbidos por su propio proceso de reformas en el caso chino; en la cúspide del éxito económico pero sin una correspondiente base de sustentación política, en el modelo japonés; o bien, mientras las dirigencias europeas occidentales ponían toda su energía y entusiasmo en la creación virtual de los Estados Unidos de Europa, a partir de 1992.

Frente a todo ello, el fuerte y prestigiado liderazgo soviético coincide y se da con dos grandes fenómenos mundiales: 1) la falta de dirigencias fuertes y carismáticas en casi todo el mundo y, presumiblemente a causa de esto mismo, 2) la agravación de los problemas económicos, sociales y ecológicos por todos los rubros del planeta.

En consecuencia, la nueva dirigencia soviética retomando muchas iniciativas externas, que a su turno fueron lanzadas hace tres décadas por la administración de Jruschov, pone las bases para administrar y consolidar la etapa más difícil y peligrosa de las pretendidas nuevas reformas internas.

Iniciativas impostergables requieren de crecientes y cuantiosos volúmenes de recursos económicos que por el momento sólo pueden obtenerse del deficiente aparato económico interno, recortando otros rubros y... como sabemos, el ejército es el principal consumidor de los mismos.

De esta manera se tiene que atacar en dos frentes. El externo, especialmente dirigido hacia la cúpula civil europea y estadounidense, para que ambas fuerzas controlen al Pentágono. Mismo al que se debe tranquilizar y dar incluso alguna satisfacción al tiempo que sutilmente se le neutraliza dejándolo, entre otras cosas, sin banderas. Por ejemplo, con los acuerdos de desmantelamiento y verificación de las armas estratégicas de corto y mediano alcance; lanzando iniciativas unilaterales en varios otros rubros, como la reducción de efectivos en medio millón, o el retiro de tropas soviéticas de Afganistán y de los países miembros del Pacto de Varsovia. Al mismo tiempo se presiona para el arreglo y solución de otros problemas, como: el de Israel y sus vecinos; el de Angola y Namibia, ayudando en este último caso a conseguir tanto el retiro de tropas cubanas de Angola y la pacificación de este país como la independencia de Namibia; y dentro de la misma lógica encontramos el retiro de las tropas vietnamitas de Kampuchea, paralelamente a que, como en el caso de Afganistán, se alienta el reingreso al país de dirigencias moderadas que reintegren a ambos países al ámbito internacional de los No Alineados. Este tipo de jugadas similares a las de la carambola en el billar, no son ajenas a la historia diplomática rusa y soviética, tendiendo a dar confianza a difíciles interlocutores, además de los estadounidenses particularmente los chinos.

Como era de suponerse, la nueva política soviética encuentra una parte nada despreciable de la burocracia y la mayoría del ejército soviético, quienes pacientemente esperan que se acumulen los errores para pasar a la ofensiva.

También, como era previsible, la sorpresiva apertura soviética ha traído como consecuencia el aflojamiento de algunos de los lazos que sujetaban a los múltiples pueblos integrados de fuerza al imperio ruso por el zarismo. Oportunidad que tanto autonomistas como nacionalistas locales no iban a dejar escapar. No debe sorprender que por todos los medios a su alcance estos últimos traten de hacer valer sus derechos, poniendo incluso en aprietos a los actuales dirigentes de Moscú, al abrirles también repentinamente un flanco frente a sus enemigos los duros, que exigen no sólo la máxima firmeza sino volver a las ortodoxias en todos los rubros y órdenes.

Posiblemente las situaciones más difíciles que se plantean al liderazgo soviético en el ámbito de la familia socialista serían los casos de las respecti-

vas dirigencias cubana y rumana. Ambas, a su vez, por múltiples razones internas, actualmente reacias y enemigas de las aperturas político-económicas que, por el momento, practican sus colegas soviéticos a escala planetaria.

Las condicionantes geopolíticas de la URSS

Ciertamente en nuestro análisis no debemos olvidar los elementos que condicionan geopolíticamente la acción pública soviética que, por razones obvias en buena medida son la proyección y adaptación de las realidades que vienen del zarismo y aun de modelos anteriores.

Como primera instancia de esa realidad, debemos tener presente que, desde siempre, los débiles pueblos que se asentaron durante milenios en la vastísima estepa entre los ríos Don y Volga sufrieron desde muy temprana época el acoso y la dinámica de pueblos nómadas y guerreros provenientes, principalmente, del Asia Central. No es una hipótesis descabellada la del contralmirante francés André Gay¹ respecto a que precisamente debido a esta circunstancia se haya despertado lo que denomina el síndrome de la "seguridad" heredado por los rusos y soviéticos hasta nuestros días. Fenómeno caracterizado desde entonces por la tendencia de los habitantes, entre otras cosas, para seguir y sostener a aquellos líderes fuertes que garantizaran precisamente eso: la seguridad. Ello explicaría en buena medida por qué el pueblo ruso y su heredero el soviético esperaran virtualmente hasta nuestros días para hacer reclamaciones políticas de tipo democrático, planteando sus consiguientes y correspondientes demandas sociales.

En segundo lugar, derivada de la inseguridad que rodeaba a la población se afianzaba, perfeccionaba y alentaba la centralización de la vida comunal y posteriormente nacional, prescindiendo naturalmente de fórmulas de participación.

En tercer lugar, el único límite aceptable para esta forma de seguridad era el proporcionado por las únicas fronteras naturales confiables para un pueblo continental, es decir las costas marítimas. En consecuencia, si la expansión hacia el Este se inició a principios del siglo XVI,² aproximadamente un siglo después se habían alcanzado las primeras costas del Pacífico, con fórmulas político-ideológicas que dos siglos después iban a repetir en América los estadounidenses, acarreado las mismas funestas consecuencias para los pueblos que encontraban a su paso.

En cuarto lugar, no obstante la inmensidad de su extensión y secuencia continental, el territorio del imperio ruso y su heredero soviético se ha encontrado literalmente bloqueado entre: los hielos del Artico al Norte, los hielos del Pacífico al Este, los desiertos y las altas mesetas al Sur, y los asentamientos de pueblos muchísimo más organizados en el Este.³ Esta realidad confiere a la dirigencia rusa y soviética actitudes y consecuencias muy diferentes a las que experimentaría la formación del imperio estadounidense.

Es decir, los rusos tuvieron que ver desde siempre con una multitud de pueblos que eran y siguen siendo vecinos contiguos de su territorio, ciertamente en etapas y estadios históricos y de desarrollo diferentes y, en ocasiones, muy poco parecidos a los suyos propios. A diferencia de los norteamericanos que, en materia de vecinos contiguos, tuvieron lo que consideran grata fortuna al tener que vérselas realmente con sólo dos, los cuales a la postre resultaron mucho más débiles.

Como es de suponerse, la permanente relación con pueblos muy heterogéneos obligó a los rusos y sus herederos a llevar políticas, una general y paralelamente, otra especial con cada uno de ellos, lo que le confirió no sólo flexibilidad a su experiencias exterior sino particularmente realismo.

Ahora bien, la herencia geopolítica desprendida de sus grandes realidades se deriva, primeramente, de la existencia de una mente continental en el pueblo y la dirigencia rusa y soviética; cuya máxima expresión estriba en el sentido y criterio que le otorgan a dicha "seguridad" según hemos aludido, al saberse en la actualidad detentadores ni más ni menos, del "pivote" geográfico continental de que hablaba McKinder.⁴

Sin embargo, si las armas estratégicas de nuestros días, principalmente misiles y bombarderos de gran radio de acción, en algo alteraron la concepción makinderiana, se ha debido particularmente a la voluntad de la dirigencia soviética de los últimos treinta años cuyo poderío se encontraría cualitativamente reforzado al alejarse definitivamente del virtual bloqueo marítimo a que los sometía su condición geopolítica tradicional; así en nuestros días la marina soviética goza de una envidiable autonomía, al operar en todos los océanos y rincones del mundo. Operatividad manifiesta en cualquiera de sus categorías: de guerra, incluyendo la mayoría de los más grandes submarinos atómicos existentes, los cuales pueden alcanzar en todo

¹ Gay, Andre, "L' Héritage Ruse dans la Strategie generale Sovietique", *Defense Nationale*, París, Mayo 1989, pp. 83-102.

² Caron, Yves, "L' extreme orient soviétique", *Defense Nationale*, París, enero 1987, pp. 97-109.

³ George, Pierre, *Panorama Du Monde Actuel*, París, Puf, 1978.

⁴ Atencio Jorge E., "Apéndice 1, el pivote geográfico de la historia", *Qué es la Geopolítica*, Pleamar, Buenos Aires, 1979, pp. 367-379.

tiempo cualquier punto de las costas soviéticas, especialmente las bloqueadas casi permanentemente por los hielos; mercante, con uno de los más altos tonelajes del mundo; de pesca, con flotas localizadas en todos los océanos y puntos cardinales; amén del conocido uso que hacen los soviéticos de navíos y combinaciones de navíos de cualquier tipo, con fines estratégicos y de inteligencia.

Sin duda, la política marítima y la existencia de los medios electrónicos de comunicación de masas, han sido decisivos para reforzar el papel de los actuales modernizadores en sus proyectos de alcanzar el siglo XXI enterrando las secuelas aún existentes de los siglos pasados.

Conclusiones y perspectivas

1. Como consecuencia de su particular modo de ser y de las realidades geopolíticas que la condicionan, la URSS, aún siendo la primera nación del mundo en haber efectuado una radicalísima y violenta transformación hacia el socialismo, viejas tendencias pervivientes lograron entrapar y aprisionar los procesos de cambio, ocasionando en las últimas tres décadas una virtual parálisis de la vida nacional, que a la postre se convirtió en el principal problema de la seguridad nacional.

2. Afortunadamente, durante ese mismo tiempo las fuerzas sociales surgidas de la revolución se consolidaron y reestructuraron, por el simple efecto del éxito de la alfabetización y el traslado masivo de población a actividades industriales en las nuevas áreas urbanas. Fuerzas que indiscutiblemente, inexorable y discretamente contaron en su favor con el apoyo de la perspectiva que ofrecía tanto la nueva marina nacional como los medios eléctricos de comunicación de masas, para intentar la transformación más sustancial desde la propia revolución: el paso de una mentalidad continental tradicional a la de una sociedad desarrollada cosmopolitana y moderna. Realidad que, estamos presenciando, renueva y moderniza aceleradamente los enfoques y puntos de vista del tradicional pragmatismo ruso y soviético en política exterior.

3. En el futuro inmediato, seguramente, vamos a presenciar el asalto definitivo a los viejos bastiones del conservadurismo que mantienen aún una inegable fortaleza y poder. En consecuencia, resulta explicable que la nueva dirigencia reúna a su alrededor todas las fuerzas posibles para asegurar el éxito, lo que requiere de no pocos apoyos externos, incluyendo en buena medida los de sus antiguos rivales estadounidenses y europeos.

